



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

I JORNADAS DE **ECONOMÍA POLÍTICA**

6 y 7 de diciembre de 2007 - Campus UNGS

“ENTRE LA REFLEXIVIDAD Y LA PROFECÍA AUTORREALIZADA.

LA INTERVENCIÓN DE LOS ECONOMISTAS

EN EL ESPACIO PÚBLICO

EN LA INSTAURACIÓN Y LA CRISIS DE LA CONVERTIBILIDAD”

MARIANA HEREDIA

INSTITUTO DE INDUSTRIA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL SARMIENTO

jornadaecopol@ungs.edu.ar / www.ungs.edu.ar/ecopol

(54 11) 4469-7552 o 4469-7500 int. 7160

**“ENTRE LA REFLEXIVIDAD Y LA PROFECÍA AUTORREALIZADA.
LA INTERVENCIÓN DE LOS ECONOMISTAS
EN EL ESPACIO PÚBLICO
EN LA INSTAURACIÓN Y LA CRISIS DE LA CONVERTIBILIDAD”**

MARIANA HEREDIA¹

Abstract:

En la Argentina, como en numerosos países de América latina, de África, de Asia y de Europa del Este, las reformas de liberalización económica han coincidido con una creciente participación de economistas profesionales en las discusiones públicas y en la toma directa de decisiones. A priori, podrían distinguirse, por un lado, las polémicas públicas y, por otro, las controversias especializadas. Las primeras, conducidas por actores diversos que confrontan valores, juicios e intereses encontrados en los medios de comunicación, permiten la movilización de distintas representaciones colectivas y alientan cierta reflexividad ciudadana. Las segundas, con una participación protagónica de científicos, oponen teorías y pruebas en vistas a comprobar o refutar hipótesis de trabajo y elaborar nuevos conocimientos. El análisis de la intervención de los economistas argentinos en el espacio público en torno de la instauración y la crisis de la convertibilidad pone en cuestión esta dicotomía y abre nuevas preguntas sobre el solapamiento entre ciencia (económica) y política en un marco de creciente volatilidad financiera y cambiaria. Parte de una tesis de doctorado recientemente culminada que se funda en entrevistas en profundidad, material de archivo y de prensa, esta comunicación estudia el ascenso de los economistas en el espacio público, se concentra luego en las polémicas-controversias (o la ausencia de las mismas) en 1991 y 2001 en torno de la convertibilidad y propone una reflexión sobre el carácter descriptivo y preformativo de la “democratización” del discurso económico especializado.

Palabras clave: economistas, discurso económico, convertibilidad, liberalización económica, espacio público, controversias, polémicas, técnica, performatividad.

¹ Doctora en sociología de l'EHESS/París, becaria postdoctoral de CONICET y docente de la UBA y del IDAES-UNSAM. Para comunicarse con la autora, heredia.mar@gmail.com.

**“ENTRE LA REFLEXIVIDAD Y LA PROFECÍA AUTORREALIZADA.
LA INTERVENCIÓN DE LOS ECONOMISTAS
EN EL ESPACIO PÚBLICO
EN LA INSTAURACIÓN Y LA CRISIS DE LA CONVERTIBILIDAD”**

En la Argentina, como en numerosos países de América latina, de África, de Asia y de Europa del Este, las reformas de liberalización económica han coincidido con una creciente participación de economistas profesionales en la toma directa de decisiones.² En efecto, el acceso de expertos con altas credenciales académicas a puestos claves del gobierno nacional ha despertado la atención de observadores y analistas. Estos últimos subrayaron la fuerte correspondencia entre las reformas asociadas con la globalización económica y la conformación de redes transnacionales de elaboración y coordinación de políticas públicas. En estas redes, los economistas nombrados al frente de los ministerios nacionales y los bancos centrales jugaron un rol central.

Las investigaciones sobre la Argentina³ y otros países del mundo contribuyeron a poner de manifiesto que los expertos en economía se habían convertido en una elite de nuevo tipo. La sociología de los expertos internacionales y de los economistas en particular podía reclamar su lugar como capítulo de una teoría contemporánea de las elites. No obstante esta contribución, las investigaciones existentes tendieron a proponer una definición reduccionista de elite en la medida en que circunscribieron la política a las dirigencias y a las prácticas directamente involucradas en el ejercicio del poder político y en el funcionamiento ordinario de las instituciones. Como consecuencia de este recorte, la mayoría de los estudios tendieron a

² Según Babbs (2001: 19), la aplicación de reformas de liberalización económica, la tecnocratización de las elites gubernamentales y la americanización de las ciencias económicas son fenómenos convergentes que se constatan en contextos nacionales tan diversos como Indonesia, Colombia, Corea, Perú, Turquía, Brasil, Pakistán, México, Filipinas, Chile y Costa Rica. Podemos agregar a esta lista la mayoría de los países de la ex-Unión soviética. En lo que respecta a los estudios sobre los economistas en América latina, podemos citar a Centeno (1994), Loureiro (1997), Montecinos (1988) y Valdés (1989). En lo que respecta a Rusia y a los países del este europeo, merecen mencionarse: Bockman y Gil (2002), Chmatko (2002) y Sapir (2002).

³ En la Argentina, este proceso ha sido objeto de numerosos estudios. Algunos se han centrado en períodos históricos específicos (Camou, 1998; Neiburg, 2006 y Plotkin, 2005), otros en algunos actores asociados al discurso económico dominante, usualmente identificados como *think tanks* (Neiburg y Plotkin, 2004 y Ramirez, 2005), otros, al fin, en ciertos aspectos de la evolución de las ciencias económicas locales (Fernández López, 2001; Suárez, 1973 y Thompson, 1994). Nuestra tesis constituye un esfuerzo de integración de los diversos actores y procesos históricos que se encuentran en la intersección entre la ciencia (económica) y la política en la Argentina en el último cuarto del siglo XX, cf. Heredia (2007).

desdeñar el análisis de los expertos en economía⁴ como miembros de un grupo profesional altamente comprometido con la intervención en el espacio público. En efecto, las competencias técnicas de los economistas no sólo se revelaron un medio privilegiado para acceder al poder político sino también, y durante varios años, un requisito para participar con autoridad de las discusiones relacionadas con el estado de la economía y las líneas de acción a emprender por los gobiernos y los agentes económicos involucrados.

Desplazarnos en el análisis de “la” política a “lo” político nos permite alcanzar un doble objetivo.⁵ Por un lado, como lo han hecho estudios precedentes, permite indagar el ascenso de ciertos grupos a posiciones de poder y prestigio, ocupadas anteriormente por actores con atributos diferentes. Por otro lado, complementando esas indagaciones, dicho desplazamiento permite explorar los efectos de la creciente intersección entre ciencia y política en la constitución de las comunidades disciplinarias implicadas (en este caso, las ciencias económicas), en la definición de los sujetos interpelados desde el espacio público y en la elaboración y la aplicación de las políticas públicas.

En términos generales, la participación de especialistas en la identificación de los problemas colectivos y en la elaboración de soluciones para resolverlos ha merecido juicios diversos. Algunos autores postulan, con optimismo, que esta intervención contribuye a enriquecer el debate ciudadano: las *descripciones* especializadas permitirían democratizar un conocimiento preciso sobre la realidad, contribuyendo a la *reflexividad* colectiva y a la toma de mejores decisiones. Otros autores denuncian que los expertos usurpan una posición que no les corresponde, excluyendo a los profanos del debate: las *ideologías* transmitidas por los expertos travisten enunciados de valor en enunciados de hecho, permitiendo la *legitimación* de los intereses dominantes. Frente al carácter contradictorio e irreconciliable de estas dos

⁴ Definimos como expertos en economía a todos aquellos especialistas (en este caso, argentinos) que participaron en la elaboración de interpretaciones sobre la economía nacional, la difusión y la defensa de estas ideas, la construcción, la discusión y la aplicación de dispositivos institucionales en la toma de decisiones públicas. Una de las características de los economistas argentinos es su perfil múltiple. La gran mayoría de los entrevistados se había desempeñado sucesiva o paralelamente como investigador, profesor, columnista de opinión, consultor y funcionario.

⁵ La distinción entre la política y lo político hunde sus raíces en los análisis de Arendt (1988) y en las corrientes contemporáneas de la filosofía política francesa. Uno de los representantes mayores de esta última, Lefort (1986), postula que lo político se expresa a través de tres niveles indisociables. La “puesta en forma de la coexistencia social” tiene por vocación, a través de instituciones, normas y reglas, la gestión de la pluralidad y la integración en una relativa coherencia de los distintos miembros de la sociedad. La “puesta en escena de la coexistencia social” vuelve visible, mediante ceremonias, rituales y mitos, los principios que fundan el orden social. “La puesta en sentido de la coexistencia social” permite al fin distinguir lo justo de lo injusto, lo legítimo de lo ilegítimo, lo verdadero de lo falso. El espacio público y en particular los medios masivos de comunicación constituyen un terreno privilegiado para la reproducción y la producción de lo político.

perspectivas, algunos analistas subrayan, al fin, que los discursos económicos han adquirido un estatuto particular: las ciencias económicas no sólo describen o legitiman ciertas realidades, contribuyen, de manera determinante, al *formateo* de ciertas prácticas y decisiones (Callon, 1998: 1). La imbricación entre la información especializada y la orientación de las conductas puede alentar, en ciertas circunstancias, las *profecías autorrealizadas*.

Parte de una tesis de doctorado recientemente culminada que se funda en entrevistas en profundidad, material de archivo y de prensa, esta comunicación estudia el ascenso de los economistas en el espacio público, se concentra luego en las polémicas-controversias (o la ausencia de las mismas) en 1991 y 2001 en torno de la convertibilidad y propone una reflexión sobre el carácter descriptivo y performativo de la “democratización” del discurso económico especializado.

1. El ascenso de los economistas como figuras de la acción pública

Una de las mayores dificultades para definir a los economistas es precisar su objeto de estudio y reflexión. Incluso cuando se evoca los “fenómenos económicos”, la definición se cierra fácilmente en una tautología: los objetos de las ciencias económicas son definidos por su carácter “económico”. Ni bien intentamos avanzar en una definición más sustantiva, se hace evidente que los contenidos asociados con la “economía” cambian según las épocas, las culturas y los especialistas considerados. Un análisis de los temas tratados por los economistas argentinos a lo largo del siglo XX revela que la economía no se definía de la misma manera a principios de siglo (cuando se la relacionaba con el comercio y la administración del presupuesto público) que hacia los años sesenta (cuando se la vinculaba con la planificación y la industrialización) que a fines de los años ochenta (cuando la disciplina pareció hegemonizada por las cuestiones financieras y monetarias). Una comparación con otros países ha revelado asimismo que norteamericanos, alemanes y franceses no recortan del mismo modo la realidad a la que han de abocarse las ciencias económicas (Fourcade-Gourinchas, 2001). Al fin, basta considerar el modo en que diferentes corrientes del pensamiento económico definen su objeto para concluir que los contenidos y las fronteras disciplinarias distan de ser semejantes para todos los economistas.

Subrayada la disparidad de preocupaciones, de métodos y de aproximaciones que ha caracterizado el desarrollo de las ciencias económicas, y ajenos a las disputas que buscan demarcar la “verdadera” economía de las otras, lo que nos interesa reconstruir es el modo en que los economistas emergieron como figuras paradigmáticas de la vida pública y política del

país, las circunstancias que les acordaron visibilidad e importancia pública y los atributos que les fueron concedidos. Para ello, hemos analizado la evolución de las ciencias económicas locales, la importancia acordada por los medios periodísticos a la economía y a los economistas y la relevancia adquirida por los ministros de esta área a lo largo del siglo XX. El empleo de distintas fuentes indica que los economistas se consolidan como especialistas a partir de los años sesenta y como figuras públicas a partir de los años setenta y ochenta.

En lo que respecta a la formación y reclutamiento de economistas en la Argentina, merece señalarse que la disciplina no adquirió plena autonomía con respecto al derecho y la contabilidad más que a fines de los años cincuenta. Ciertamente, a principios de siglo, el Estado argentino había creado una formación específica dedicada a los asistentes contables y esta formación dio luego origen a la facultad y el doctorado en ciencias económicas (Plotkin, 2005). No quita que era el Estado el único formador y principal reclutador de economistas y que varios testimonios dan cuenta de la dificultad de estos especialistas para delimitar un área excluyente de incumbencia. Habrá que esperar hasta la década 1955-1965 para que la economía conozca su primer gran impulso, al precio de un acercamiento a otras ciencias sociales. En efecto, la proliferación de revistas especializadas, la creación de centros de investigación en la materia y sobre todo la fundación de agencias estatales dedicadas a la planificación expandieron el área de intervención de los economistas pero los integraron junto a demógrafos, urbanistas, ingenieros y sociólogos en las instituciones que buscaban responder a los desafíos complejos asociados por entonces a la modernización y el desarrollo.⁶ El interés prestado a los saberes económicos no se correspondió así, durante décadas, ni con una particular visibilidad de los economistas ni con una delimitación precisa y estable de los aspectos asociados a la economía. Los economistas, como funcionarios públicos y especialistas en su materia, no sobrepasaban aún el estatuto de burócratas calificados, profesores o investigadores en ámbitos en los que convivían disciplinas y teorías diversas.

A partir de los años setenta y sobre todo durante los años noventa, la economía se separa de las otras ciencias sociales y se afirma como un conocimiento cada vez más

⁶ Entre los centros de investigación donde convivían miembros de diversas ciencias sociales, podemos mencionar el Instituto di Tella fundado en 1958 y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), fundado dos años más tarde. La revista *Desarrollo Económico*, publicada por éste último, fue el espacio de discusión por excelencia de las ciencias sociales del período. Los economistas se integraron también en gran número al Consejo Federal de Inversiones (CFI) creado en 1959 y al Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE), fundado dos años después. Estas agencias planificadoras del Estado contaban también con la asistencia de otros especialistas. Merece mencionarse el hecho de que la licenciatura en economía haya sido creada en la Universidad de Buenos Aires al mismo tiempo que las licenciaturas en psicología, sociología y antropología (a fines de los años cincuenta).

coherente y autónomo. Se crean centros privados de investigación dedicados a temáticas definidas como exclusivamente económicas, las formaciones de grado y posgrado en esta especialidad se multiplican exponencialmente y los problemas públicos que concentran el interés ciudadano -primero la inflación, la especulación y el estancamiento, luego la confianza en la paridad cambiaria- se definen como temáticas netamente económicas.⁷ De hecho, son los economistas que se identifican con las corrientes neoclásicas y aspiran a imitar la epistemología de las ciencias exactas y naturales quienes buscan “depurar” a la disciplina de las dimensiones históricas y normativas que se consideraban otrora constitutivas del pensamiento económico.

Sin duda, la ofensiva modernizadora de los años sesenta había contribuido ya a la aparición de revistas de negocios (*Mercado* es creada en 1969) y algunos “economistas” (como Rogelio Frigerio y Aldo Ferrer) habían adquirido cierta presencia pública. El interés de los medios de comunicación por la economía y los economistas adquiere sin embargo mayor magnitud a partir de los años setenta. Es entonces que los diarios comienzan a sectorizar sus contenidos, distinguiendo las secciones políticas de las económicas. Algunas iniciativas editoriales, como *Ámbito financiero*, se dedican especialmente a las noticias en esta materia. La televisión no permanece ajena a este movimiento: a partir de los años ochenta, los noticieros incorporan especialistas para analizar la evolución del tipo de cambio y la tasa de interés.

La importancia acordada a la economía y a los expertos en economía se corresponde asimismo con la creciente relevancia pública obtenida por los ministros de Economía. A todo lo largo del siglo XX, una afinidad electiva puede identificarse entre administraciones militares y cuadros gubernamentales de perfil técnico. La última dictadura militar, el gobierno de Alfonsín y sobre todo el de Menem dan cuenta, no obstante, de una presencia inédita de la autoridad económica en el espacio público. Un análisis de los comentarios periodísticos en el momento de las nominaciones ministeriales resulta particularmente ilustrativo.

⁷ La Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), creada en 1964, es la primera iniciativa privada dedicada exclusivamente al estudio de la economía. Pronto la acompañarán centros de empresas y grupos industriales y, durante la última dictadura, el Instituto de Estudios Económicos de la Realidad Argentina y Latinoamericana de la Fundación Mediterránea y el Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA). Fundaciones, consultoras y ONG especializadas en economía imitaron estas iniciativas en los años 1990. Las formaciones de posgrado en economía, finanzas y negocios alcanzaban a fines de esa década (sólo en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores) más de 70 programas, un número extraordinario para el sistema educativo argentino.

Durante la primera mitad del siglo XX, los ministros de Economía no merecían ninguna atención particular: apenas eran nombrados y aparecían con sus fotos –como otros miembros del gabinete- y muy raramente tomaban la palabra públicamente. De ser evocados atributos específicos, la atención estaba puesta en sus experiencias dentro de la función pública y/o en la lealtad que los unía al Presidente. Este desinterés en las propiedades individuales de los altos funcionarios se contraponía con la descripción detallada de las ceremonias por las cuales el Estado investía a sus servidores: la magnificencia de los edificios públicos, los saludos formales, los juramentos por el honor eran destacados.

Hacia fines de siglo XX, la situación es contrastante. No sólo los ministros de Economía adquieren una visibilidad inusitada, son ellos además, con sus credenciales técnicas quienes vienen a legitimar la acción estatal. Por un lado, los principales ministros de Economía de los años setenta, ochenta y noventa, aparecen profusamente en los medios, se prestan a largas entrevistas, cuentan con un análisis minucioso de sus apoyos locales e internacionales. Por otro lado, estos altos funcionarios detentan atributos propios –el profesionalismo, el rigor, la austeridad- y, en un gran número de comentarios, cuanto más ajenos se presentan al Estado nacional, más idóneos parecen ser para ocupar cargos públicos. Se destacan sus estudios en el extranjero, sus experiencias en el sector privado, su pertenencia a centros de investigación “independientes”.

En suma, los economistas se consolidaron como figuras públicas centrales de la Argentina de fines de siglo XX y eso no sólo por la influencia adquirida por José Alfredo Martínez de Hoz (ministro durante el período 1976-1981), Juan Vital Sourrouille (1985-1989), Domingo Cavallo (1991-1996) y Roque Fernández (1996-1999). Si estos ministros desplegaron una singular capacidad política y se mantuvieron en sus cargos por un lapso particularmente prolongado para los promedios de la historia contemporánea del país,⁸ expresaron también un movimiento más amplio que reconoció a los economistas (más bien a ciertos economistas), un saber autorizado para diagnosticar e intervenir en áreas consideradas como cruciales para la sociedad en su conjunto.

⁸ Una aclaración se impone en referencia a la duración de ejercicio de los ministros considerados. Su estabilidad en la dirección del ministerio de Economía se explica ciertamente, en gran medida, por la duración de los gobiernos en los que participaron. En Argentina, durante el largo período de inestabilidad política (entre 1930 y 1976), casi ningún gobernante logró ocupar el poder ejecutivo durante el lapso determinado por la Constitución Nacional “en vigor” (6 años): la duración media de ejercicio de los Presidentes fue de dos años y medio en promedio. No obstante, cabe subrayar que los ministros de la Economía del período se sucedieron a una velocidad aún más vertiginosa: permanecieron en sus cargos en un promedio de casi un año y numerosos fueron (15/50) los que no lograron mantenerse en sus puestos más que 6 meses.

2. De las polémicas públicas a las controversias entre especialistas

Sabemos que la identificación de los problemas que atañen a la comunidad y la búsqueda de soluciones para resolverlos dependen en gran medida de las perspectivas, los conflictos y las discusiones que se expresan en el espacio público. Si definimos este último como un “lugar”, podemos identificar distintas ágoras en las cuales se confrontan posiciones diversas y se alcanzan equilibrios más o menos duraderos. Podemos clasificar estas ágoras según la naturaleza de las temáticas tratadas, los participantes involucrados y las pruebas empleadas para dirimir los enfrentamientos. Siguiendo este principio, Chateauraynaud y Torny (1999:74-75) proponen distinguir las *polémicas* de las *controversias*. Las primeras, conducidas por actores diversos que confrontan valores, juicios e intereses, expresados en los medios de comunicación, permiten la movilización de distintas representaciones colectivas y alientan cierta reflexividad ciudadana. Las segundas, con una participación protagónica de científicos, que intercambian conclusiones en congresos y publicaciones especializadas, oponen teorías y pruebas en vistas a comprobar o refutar hipótesis de trabajo y elaborar nuevos conocimientos.

Esta distinción parece pertinente para el período que precede los años setenta en la Argentina, al menos en lo que respecta a las polémicas públicas. En efecto, aunque la expansión del Estado regulador y empresario constituye un rasgo característico de la política pública argentina entre 1930 y 1976, este período no se corresponde –como en otras sociedades occidentales– con un ciclo de estabilidad política e institucional.⁹ Una de las razones de esta inestabilidad ha de buscarse en los desacuerdos sobre la orientación socio-económica a privilegiar tras el agotamiento del modelo agroexportador. En este sentido, los sesgos autoritarios del régimen político del período no ahogaron las disputas en torno de la orientación socio-económica del país. Por el contrario, las mismas presentaban una notable pluralidad de posiciones y merecían una atención central en el espacio público.

Así, lejos de constituirse en esfera aséptica, reservada a especialistas, la economía nacional era considerada un elemento constitutivo del “proyecto de país” y era objeto de polémicas virulentas que se manifestaban claramente en la prensa. Entre 1930 y 1975, tres marcos ideológicos tendían a estructurar estas polémicas: el liberalismo, el peronismo y el

⁹ Al primer golpe de Estado de 1930, le sucede una administración elitista resultante del fraude electoral (1932-1943), un nuevo golpe de Estado luego la victoria electoral del peronismo. Luego del derrocamiento de Perón varios gobiernos civiles y militares débiles se suceden y la mayoría de ellos se mantienen en el poder por breves períodos.

desarrollismo.¹⁰ A grandes rasgos y a pesar de los matices internos de cada corriente, puede concluirse que mientras los liberales buscaban restablecer un modelo sustentado en las exportaciones agrícolas y una intervención mínima del Estado; los peronistas alentaban una expansión del mercado interno que configurara un capitalismo nacional con distribución progresiva de los ingresos; los desarrollistas, al fin, aspiraban a profundizar la industrialización y la modernización gracias a la planificación estatal y las inversiones extranjeras directas. También esquemáticamente, puede afirmarse que los liberales contaban con el apoyo de los grandes propietarios, el peronismo con el sostén de los sectores populares y los desarrollistas con la simpatía de las capas medias y superiores más modernizadoras.

La virulencia de las polémicas en torno de la economía no implicaba una visibilidad particular de los economistas y esto, en gran medida, porque los pocos especialistas que tomaban públicamente la palabra lo hacían siempre en nombre de los marcos ideológicos mencionados. El perfil de los polemistas era, por cierto, diverso: políticos, militares, sindicalistas, empresarios, eclesiásticos se sentían autorizados para opinar e indicar el rumbo a seguir. En este contexto, si los liberales buscaban erigirse en únicos representantes de una administración “racional” se oponían a la resistencia de ciertos especialistas que, a partir de posiciones ideológicas diferentes, desmitificaban sus pretensiones de realismo. Ni bien los portavoces del liberalismo invocaban un modelo único de organización social, sus adversarios ideológicos (profanos y especialistas) les recordaban que las ciencias económicas se caracterizaban por el pluralismo teórico y que era imposible intervenir políticamente desde una posición de neutralidad.

De este modo, a pesar del cercenamiento de ciertos principios del régimen democrático, las polémicas de la época eran *públicas* en la triple acepción del término identificada por Rabinovitch (1997: 16-20). En primer lugar, las posiciones contrapuestas se presentaban como representantes del *interés general* –de las dificultades y aspiraciones de la comunidad. En segundo lugar, eran *visibles* –difundidas por los medios masivos de comunicación. Por último, eran *accesibles* –no sólo comprensibles por un ciudadano medianamente instruido sino también abiertas a la intervención (tanto en el plano de los discursos como de la acción colectiva) de un número variado de participantes.

¹⁰ Estos términos serán definidos aquí “pragmáticamente”, es decir, en función del modo en que los portavoces de estas posiciones se definieron a sí mismos y fueron definidos por sus adversarios. La discusión sobre cuán “auténticamente” liberales (peronistas o desarrollistas) eran los actores de la época asimilados a esas posiciones excede el interés de este trabajo. La importancia de estas perspectivas como estructuradoras de la vida pública argentina ha sido también señalada por Altamirano (2001); Cavarozzi (1988); Rouquié (1975) y Sikkink (1991)

Aunque menos desarrolladas aún y ciertamente muy poco visibles para un lector de los diarios nacionales, las controversias atravesaban también, hacia los años sesenta, el novel espacio científico-técnico de los economistas. En la medida en que expertos de diversas orientaciones pertenecían a las mismas instituciones (las universidades y agencias públicas o el Instituto Di Tella), publicaban en las mismas revistas (en particular *Desarrollo Económico*) y se congregaban en las mismas instancias profesionales (la reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política o la más selecta Academia Nacional de Ciencias Económicas), existían posibilidades para un diálogo pluralista.

La diferenciación entre polémicas y controversias va haciéndose más difusa a partir de los años setenta hasta resultar prácticamente inaplicable durante la última década del siglo XX. Por un lado, los economistas con altas calificaciones académicas se comprometieron activamente en la prensa y desplazaron progresivamente a los portavoces de los marcos ideológicos otrora aludidos. Un estudio sistemático de los principales matutinos nacionales permite a Camou (2005) concluir que las intervenciones de los economistas se triplican entre 1985 y 2005 y que los consultores con formación de posgrado en el extranjero reemplazan progresivamente a los economistas de partido y a los representantes de organizaciones diversas de la sociedad civil. Por otro lado, datos objetivos y percepciones generalizadas parecen relativizar la existencia de espacios plurales de intercambio entre los especialistas argentinos. En primer lugar, la filiación teórico-ideológica tiende a corresponderse cada vez más con la pertenencia institucional y la trayectoria de los economistas. Los heterodoxos se asocian a ciertos centros de investigación, a ciertas universidades y a ciertas publicaciones nacionales o regionales, los ortodoxos se congregan en otros centros, en otras instituciones educativas, publicando en sus cuadernos de trabajo o en revistas internacionales.¹¹ En segundo lugar, los espacios locales que podrían federar y alentar discusiones no despiertan el interés de las jóvenes generaciones o no aseguran, frente a la consolidación de las corrientes neoclásicas, la representación de las perspectivas más críticas. No es entonces sorprendente que la mayoría de los 54 economistas entrevistados concluyera que el mejor registro para seguir las controversias entre economistas, en los últimos años, fuera la prensa nacional. Esto, tanto por

¹¹ Las entrevistas y análisis realizados permiten definir una cierta cartografía de las ciencias económicas en la Argentina. Como ejemplo, mientras la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), el Centro de Estudios sobre la Sociedad y el Estado (CEDES), el departamento de economía de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) tienden a asociarse a la heterodoxia, los mencionados FIEL, CEMA y Mediterránea tienden a asociarse con la ortodoxia. Lo notable es que durante años estos espacios definían de manera diferente los contenidos de la economía, las actividades de los economistas y las fuentes de prestigio que permitían estratificarlos.

la ausencia de espacios específicos de discusión especializada cuanto por la vertiginosidad de los hechos que han jalonado la historia reciente.

El solapamiento entre polémicas y controversias implica fuertes consecuencias. Se trata sin duda de enfrentamientos entre especialistas y de información de cierta complejidad técnica que se tornan más visibles para el ciudadano. Ahora bien, ¿de qué manera interpelan estos discursos a los sujetos que los leen y cómo pretenden contribuir a la realización del bien común? Al participar tan activamente en el espacio público, ¿qué hacen exactamente los economistas? ¿describen y democratizan conocimientos?, ¿legitiman intereses dominantes?, ¿estructuran y orientan conductas? De responder a estas preguntas se trata, a través del análisis de la instauración y la crisis de la convertibilidad.

3. Las discusiones de los inicios: sobre la convertibilidad cuando todavía no era modelo

Durante años, la convertibilidad se presentó como la expresión de una interpretación “justa” y como un medio “eficaz” para combatir la inflación: los intentos precedentes eran denostados como resultado de teorías “falsas”, instrumentos “imperfectos” o coaliciones “débiles”. En efecto, frente al éxito de comienzos de los años noventa, diversos actores se reconocieron precursores, socios o aliados de las transformaciones. Las autoridades económicas de la dictadura y los liberales tradicionales proclamaron la realización de un “proyecto” de largo aliento, que ellos habían contribuido a iniciar años atrás. La comunidad financiera internacional, el gobierno americano, el FMI y el Banco Mundial, todas las corporaciones del gran empresariado y el propio partido peronista reivindicaron su parte del mérito. Y el acuerdo no se limitaba a los sectores dominantes. Los medios de prensa y hasta los partidos de la oposición decían compartir los fundamentos de la política puesta en marcha y la oposición tendían, de a poco, a concentrarse casi exclusivamente en la denuncia de las irregularidades administrativas.

Sin duda, las manifestaciones públicas del gobierno y de sus aliados –que insistían en la anticipación, la unidad y el consenso de los hombres y de las ideas- han contribuido a asociar la convertibilidad y las reformas estructurales a un “modelo”. Este último reenviaba, tanto entre sus partidarios como entre sus detractores, a los imperativos del Consenso de Washington que, hecho público el año mismo de la elección presidencial de Menem, sintetizaba las líneas directrices de su acción gubernamental. Si para sus adeptos, el gobierno respondía a los lineamientos de la globalización, para sus opositores, representaba el ascenso

irreprimible de las redes internacionales y locales de poder. Tanto para unos, como para otros, no quedaba lugar alguno para la contingencia, la negociación y las soluciones de compromiso.

Ahora bien, contrariamente a lo que suele argumentarse, ni la convertibilidad fue apoyada inicialmente por todos los actores dominantes del período, ni formaba parte integral y coherente del plan de reformas implementado desde inicios del mandato presidencial.¹² Quienes participaron de la elaboración de la medida tenían entonces particular interés en convencer a los argentinos de la capacidad de este dispositivo para controlar el aumento de los precios. Si retrospectivamente el “éxito” de la convertibilidad puede parecer una evidencia, el análisis de los discursos que acompañaron su lanzamiento nos recuerda que, en ese momento crítico, la paridad debió imponerse laboriosamente frente a visiones críticas que anticipaban algunas de sus futuras insuficiencias o que dudaban de su capacidad estabilizadora.

Dos ágoras se demarcan como particularmente fecundas para analizar las discusiones que acompañaron el lanzamiento de la convertibilidad, en marzo y abril de 1991: la prensa y el Congreso. Por un lado, protagonistas diversos y analistas especializados se sirvieron de los matutinos del país para intercambiar opiniones y difundir datos diversos. Por otra parte, a diferencia del Plan Austral, la convertibilidad fue sometida al juicio parlamentario y el diario de sesiones deja constancia de las resistencias y recaudos que inspiraba la medida.¹³

Para la oposición parlamentaria, la mayor dificultad reposaba justamente en precisar qué era lo que se estaba discutiendo. Un diputado radical se preguntaba, por ejemplo, si se trataba de un programa político o de un simple plan de estabilización (Guerrero, *DSCD*, 26-27/3/91:5373). Mientras el ministro Cavallo buscaba concentrar las reflexiones sobre los aspectos técnicos de su propuesta, los legisladores y en particular los peronistas disidentes, los radicales y los representantes de los partidos de izquierda insistían en asociar la nueva ley con una ideología particular, el liberalismo, con la que identificaban al ministro. Quedaba en evidencia, para partidarios y detractores, que la convertibilidad reforzaba el programa de

¹² Basta señalar aquí que si bien los actores internacionales y el empresariado habían apoyado selectivamente las reformas estructurales implementadas, la radicalidad de las mismas no había logrado, hacia 1991, morigerar los altos índices de inflación. Si las privatizaciones, la desregulación y la apertura comercial y financiera eran apoyadas de manera diferente y selectiva, la posibilidad de establecer una paridad cambiaria fija entre la moneda local y el dólar contaba, en cambio, con la desaprobación del FMI y de gran parte del empresariado local.

¹³ La iniciativa fue discutida en el Senado el 22 y 23 de marzo y en la Cámara de Diputados, el 26 y 27 del mismo mes. Merece destacarse que el gobierno no tomaba mayores riesgos al enviar la iniciativa al Congreso. El peronismo contaba con la mayoría relativa en las dos cámaras. Un acuerdo con las bancadas de partidos provinciales le permitió obtener el quórum en el Senado. Las negociaciones con el radicalismo le habilitaron el quórum en Diputados, aún cuando este partido votó contra la propuesta de Cavallo.

liberalización ya lanzado y que constituía un cerrojo para la acción del Estado.¹⁴ Los opositores acusaban al gobierno de erosionar aún más la soberanía nacional y de poner en riesgo el trabajo de los argentinos. De este modo, los legisladores se hacían eco de la preocupación de numerosos actores de la realidad nacional que se manifestaban públicamente para resistir la medida. Empresarios y sindicalistas elaboraron solicitadas y comunicaciones a la prensa y un clima conflictivo acompañó la discusión y la promulgación de la ley.¹⁵

Un elemento de interés merece señalarse: mientras numerosos legisladores y representantes sectoriales reivindicaban aún los ideales e intereses de una sociedad orientada hacia la industrialización y coordinada por la intervención activa del Estado, los diarios de la época dan cuenta de una notable ausencia de los intelectuales y dirigentes asociados con las corrientes no liberales. Las declaraciones del líder desarrollista, Rogelio Frigerio, un hombre anciano y aislado, no eran registradas más que por *Clarín*, y este diario otrora asociado estrechamente a su tendencia no le acordaba más que un espacio marginal. Como lo había denunciado antes, Frigerio afirmaba que “una moneda sana no puede sostenerse sin creación de riqueza” y que el anclaje de la moneda local a la divisa americana provocaría necesariamente “recesión y desempleo” (en *Clarín*, 24/3/91:6).

Si los discursos de retórica técnica reemplazaban progresivamente a otros de retórica más gremial e ideológica, ¿dónde estaban los economistas heterodoxos que habían acompañado a Alfonsín y que habían intentado morigerar, algunos años antes, la radicalidad de las reformas reclamadas por los economistas ortodoxos? Las críticas formuladas por estos grupos a la política económica de Martínez de Hoz eran sin duda de actualidad en la medida en que podía servir para alertar a ciudadanos y gobernantes sobre las implicancias de una moneda local sobrevaluada combinada con un mercado interno abierto a la competencia internacional. No obstante, aún con argumentos, la presencia pública de estos grupos fue significativamente escasa. Para explicarlo, varios de ellos nos señalaron que prefirieron no opinar públicamente porque se los identificaba todavía como los grandes culpables del pico hiperinflacionario de 1989. El fracaso del Austral los había sumido en una profunda

¹⁴ Estos argumentos quedan en evidencia, por ejemplo, en la intervención del diputado Ramos, del Bloque Movimiento Peronista (*DSCD*, 26-27/3/91:5335) y del diputado Gras por el radicalismo (*idem*: 5844-48).

¹⁵ Los representantes de pequeñas y medianas empresas se expresaron a través de solicitadas en la prensa entre las que se encuentran las publicadas en *Clarín* (3/4/91:3 y el 11/4/91:5). Las corporaciones centenarias mantuvieron un relativo silencio dado los profundos conflictos que se libraban en el seno de muchas de ellas. Entre los líderes sindicales más activos del período se encuentran Saúl Ubaldini y Víctor de Gennaro que denunciaban la degradación de la situación social y el riesgo de un sensible incremento del desempleo (cf. por ejemplo, *La Nación*, 25/3/91:4).

perplejidad al tiempo que las responsabilidades políticas asumidas los había desprestigiado como especialistas ante la opinión pública.

Pero el silencio no era sólo dictado por las circunstancias. Gran parte de estos economistas compartía con las nuevas autoridades una misma convicción: la paridad lograría refrenar los precios sólo si lograba restablecer la confianza de los mercados. No se trataba entonces de discutir ni de convencer sino de orientar las conductas estratégicas de quienes, siguiendo la información disponible, detentaban la capacidad de calmar o intensificar la espiral especulativa. Frente a los políticos, sindicalistas y empresarios que llamaban al diálogo y los acuerdos negociados, los economistas heterodoxos descreían de estas opciones pero, en función de ciertas apreciaciones macroeconómicas, calculaban que difícilmente la paridad sobreviviera a las elecciones legislativas de fines de ese año.¹⁶

Así, paradójicamente, las críticas especializadas que se escucharon en la época no provinieron tanto de economistas heterodoxos como de los grupos asociados a una posición aún más ortodoxa que la del gobierno. Mientras Roberto Alemann consideraba “imprudente” el tipo de cambio fijado por Cavallo (*Clarín* 24/3/91:6), Carlos Rodríguez desarrollaba un minucioso análisis en el que alertaba sobre las “puertitas de emergencia” de la convertibilidad (*Ámbito financiero*, 22/3/91:7 y 26/4/91:1). Según el economista del CEMA, la ley incluía ciertas “trampas” que permitirían al gobierno endeudarse peligrosamente. De hecho, algunos miembros de la bancada de la UCEDE decidieron votar contra la convertibilidad porque no garantizaba una genuina disciplina fiscal.¹⁷ Para los críticos más ortodoxos de la convertibilidad, la promesa del gobierno habría de tener “efectos más psicológicos que reales” (*Ámbito financiero*, 25/3/91:1).

En estos “efectos psicológicos” asociados a la confianza pública se concentraba el interés del gobierno, de los expertos que analizaban la información disponible y de los agentes económicos que orientaban sus conductas en función de unas y otras. En términos estrictos, es difícil asociar la tentativa oficial a una estrategia clásica de persuasión o legitimación. Por un lado, frente a los tecnicismos detallados por Cavallo y a su voluntarismo exacerbado, los defensores de la convertibilidad no reclamaban tanto un convencimiento

¹⁶ Para la mayor parte de los economistas heterodoxos (e incluso para ciertos miembros del equipo económico), la convertibilidad desembocaría, tarde o temprano, en una devaluación. En el CEDES, por ejemplo, un grupo de economistas hacía apuestas sobre cuántas semanas duraría el programa. Según rumores, luego desmentidos, el antiguo equipo de Alfonsín había recomendado al radicalismo postergar las elecciones legislativas, convencidos de que la convertibilidad no podía durar demasiado (*Clarín*, 22/4/91:7).

¹⁷ Es el caso del Diputado José María Ibarbia. Sus argumentos aparecen en *La Nación* (30/3/91:1 y 5).

fundado como un acto de fe. Muchos ciudadanos y legisladores no comprendían la dinámica del dispositivo propuesto y delegaban en el ministro la elaboración de una solución salvadora.¹⁸ Por otro lado, la convertibilidad no era presentada como una panacea sino como un recurso doloroso y extremo, al que debían sacrificarse intereses e ideales en pos de la estabilización. La rigidez del programa se transformaba en su principal virtud y un conjunto de imágenes eran movilizadas para caracterizar su radicalidad: “tirar la llave del tesoro al río”, “quemar las naves como Hernán Cortés”, “subirse a un avión sin paracaídas”.

En plena hiperinflación, las intervenciones de los expertos estaban menos orientadas a alimentar la reflexividad colectiva y la movilización de los grandes actores del país, que a orientar e informar las conductas de quienes influían y participaban en la dinámica del mercado cambiario y financiero. Por un lado, las imágenes de la prensa presentaban a Cavallo como un torero, un mago, un jugador de rugby, un jinete intentando dominar a un caballo salvaje.¹⁹ En todos los casos, el ministro se enfrentaba solo contra fuerzas impersonales y sus armas para doblegarlas eran la osadía, la perseverancia y la creatividad. Por otro lado, en la difusión y la interpretación de los datos disponibles se cifraba la tarea de gran parte de los economistas que hicieron por entonces carrera en los grandes medios. Ya desde la dictadura, numerosos expertos se habían fortalecido como intérpretes de los datos que guiaban la especulación, desarrollando un nuevo género que, lejos de corresponderse con la retórica de los marcos ideológicos de posguerra, se parecía más bien a una suerte de “pedagogía económica”.

En efecto, mientras los heterodoxos callaban y los ortodoxos exigían medidas aún más radicales, una miríada de jóvenes profesionales democratizaban, en tiempo real, la información disponible e interpelaban, más allá de cualquier referencia al largo plazo y al bien común, las mejores estrategias para que “consumidores” e “inversores” (tales los sujetos interpelados) registraran las menores pérdidas o sacaran el mayor provecho de las circunstancias experimentadas. Aunque de un modo novedoso, estas intervenciones servían doblemente a los intereses de los grupos dominantes. Por un lado, al invocar “agentes económicos” sin atributos específicos contribuían a invisibilizar las diferencias entre ricos y

¹⁸ Los diarios de la época presentaban la intervención de Cavallo en el Parlamento como « Un curso de economía en el Senado» (*Clarín*, 22/3/91:14) y algunos legisladores como la senadora Malharro de Torres reconocía con pudor que no entendía lo que venía de explicar el Ministro y que se preguntaba simplemente si lo que decía era “bueno o malo para el país”. Según la respuesta del senador Trilla, “es la pregunta que se formulan 30 millones de argentinos” (*DSCS*, 22-23/3/91: 5831-5832).

¹⁹ Los ejemplos evocados corresponden a *La Nación* (17/3/91:5) y a *Clarín* (10/3/91:1, 24/3/91:1, 25/3/91:4).

pobres, patrones y obreros, rentistas y asalariados, grupos urbanos y rurales. Por otro lado, al insistir en el carácter universal e irreprimible de las prácticas “económicas”, los analistas especializados contribuían a exonerar a quienes realizaban grandes ganancias. Desde este punto de vista, como en última instancia cada cual seguía su interés individual, no había nada que denunciar en aquellos que obtenían réditos extraordinarios, en detrimento de la comunidad, en una situación que les era favorable.

De este modo, la especialización creciente y el compromiso de los especialistas en los medios tornaban problemática la naturaleza “pública” de las polémicas socioeconómicas del período precedente. Los discursos especializados y las interpretaciones transmitidas no llamaban a una toma de conciencia colectiva, ni a un compromiso personal con una causa trascendente, intentaban simplemente instruir la racionalidad de los sujetos implicados. Éstos, aún cuando experimentaran un profundo descontento, no se suponían capaces de actuar más que una arena –la de la fijación de los precios, la cotización de la moneda, las operaciones financieras- que no era, por cierto, igualmente accesibles a todos los miembros de la sociedad.

4. La palabra y el pánico: El silencio del final

Ninguna conversión ideológica masiva precede el lanzamiento de la convertibilidad. Mientras que los principales representantes del capital y del trabajo se oponían a la paridad cambiaria y los organismos internacionales se mantenían expectantes, la mayoría de la opinión pública consideraba al programa de Cavallo como expresión de los “intereses de las clases altas” (en *La Nación*, 28/3/91:16). La capacidad demostrada para detener la inflación y aquietar la espiral especulativa fue, no obstante, una prueba pronto celebrada por gran parte de los actores de la vida nacional. A la transformación de las conductas “económicas” –el cese de la indexación, la estabilización cambiaria y la prolongación de los depósitos bancarios-, se correspondieron más tarde, las manifestaciones “políticas”: las corporaciones afirmaron su apoyo a la línea del gobierno, el FMI hizo sus votos de confianza y los votantes se inclinaron mayoritariamente por el partido oficial en las elecciones legislativas y presidenciales de gran parte de los años noventa. Poco a poco, los defensores y los detractores de las reformas acordaron con el gobierno en la existencia de un “modelo” en el cual las reformas y la convertibilidad se articulaban como pilares de una nueva organización social.

Frente a los marcos ideológicos de posguerra que se oponían los unos a los otros articulando las dimensiones políticas, sociales y económicas de la noción de “proyecto de país”, las críticas formuladas al “modelo” durante los años noventa parecían reproducir una

particular compartimentalización de la realidad. Mientras los defensores del gobierno subrayaban que la Argentina había “entrado al primer mundo”, sus detractores denunciaban la gravedad de la “cuestión social” y la “latinoamericanización” de la estructura social argentina. Frente a quienes enfatizaban el grado de gobernabilidad alcanzado por la democracia argentina, los críticos indicaban la concentración del poder y el avasallamiento de las instituciones republicanas. Al fin, frente a la euforia económica de los años noventa y a las exigencias de una mayor austeridad fiscal, algunos economistas denunciaban, casi en las sombras, la vulnerabilidad de la paridad cambiaria que servía de pieza maestra al “modelo”.

En este último punto, una aclaración se impone. Incluso cuando los economistas de la corriente dominante hayan sido asimilados con frecuencia a los “intelectuales orgánicos” de la organización social de los años noventa, sus discursos distaban de ser laudatorios o complacientes. En tanto guardianes de la confianza pública en la moneda, numerosos economistas manifestaban la necesidad imperiosa de profundizar el ajuste de las cuentas públicas. En efecto, si el control de la emisión parecía garantizado, el superávit fiscal no fue alcanzado más que transitoriamente. La paridad entre el peso y el dólar convivió varios años con déficit presupuestario y déficit comercial. Así, frente a cada crisis, la mayoría de los economistas se encargó de alzar la voz para reclamar mayor austeridad. Los sucesivos equipos económicos hicieron suyo este discurso aun cuando reconocieran las dificultades para actuar de manera consistente con este diagnóstico.

Identificar otras interpretaciones sobre la realidad económica argentina resulta, en las fuentes de los años noventa, una actividad casi detectivesca. Las entrevistas realizadas en 2002 y 2003 a los principales economistas de país revelaron un notable predominio de las perspectivas neoclásicas. En lo que respecta la economía nacional, el 75% de los entrevistados consideraban que las líneas de acción emprendidas habían sido las correctas o las únicas posibles. Y esta composición interna del universo de los economistas se expresaba, de manera aún más extrema, en la prensa. No se trata solo de que quienes tomaban públicamente la palabra detentaran diagnósticos afines a los del gobierno o críticos en el sentido ya aludido, los medios habían terminado por asociar estrechamente economista a economista ortodoxo. Hacia fines de los noventa, cuando los economistas merecían críticas jamás se ponía en cuestión su neutralidad, la profesión entera era acusada de “insensibilidad” (Blois, 2005).

No obstante, si los economistas ortodoxos y los jefes de las grandes empresas reemplazaban en las polémicas públicas a los intelectuales y dirigentes ligados al liberalismo tradicional, las posiciones más nacionalistas, estatistas o distributivas podían encontrar alguna

expresión entre los especialistas heterodoxos. La diversidad de estos grupos era, sin embargo, notable y, durante años, su visibilidad fue prácticamente insignificante. Para los economistas más críticos, que se habían opuesto a la política económica del Sourrouille, el desafío era no permitir una despolitización de la economía. Una parte de esos especialistas encontró en la revista *Realidad Económica* un espacio de encuentro. Allí, análisis técnicos y declaraciones sindicales parecían convivir sin mayores conflictos. Otros autores, próximos al peronismo y al desarrollismo, intentaron publicar interpretaciones críticas en revistas de corto tiraje, vida errática y poco reconocimiento profesional. Para los heterodoxos que se habían acercado al radicalismo, la crítica se desenvolvía en espacios más técnico-académicos: la revista *Desarrollo Económico*, las publicaciones de la CEPAL, algunos foros internacionales que alentaban cierto debate sobre las transformaciones en curso.

Según los documentos publicados a lo largo de la década, algunas conclusiones parecían comunes a todos los heterodoxos. Frente a la solidez que las autoridades acordaban al “modelo” y la importancia central que concedían los ortodoxos a la austeridad, los críticos subrayaban una doble vulnerabilidad: la dependencia de la economía local a las fluctuaciones del mercado internacional y la relación estrecha entre la paridad cambiaria y la consolidación de una sociedad fundada en la exclusión.

Hacia fines de los noventa, una oportunidad se abrió para que los economistas desplazados volvieran al centro de la escena. Tras una década de dominación peronista y de predominio de las visiones ortodoxas, una cierta apertura de las polémicas y las controversias parecía imaginable en el ocaso del menemismo y la campaña electoral de 1999. Ciertamente, para la mayor parte de los economistas seguía siendo imperativo restringir el gasto público y flexibilizar el mercado de trabajo. Las posiciones de Cavallo y Fernández revelaban, no obstante, los límites de estas exigencias: para ambos, la profundización del ajuste se había revelado problemática.²⁰ La gran pregunta era entonces cómo se posicionarían los miembros de la Alianza y los especialistas convocados frente a la paridad. Sobre todo, porque varios políticos y especialistas de la coalición se habían pronunciado ya, explícitamente, contra el “modelo económico” y contra la paridad en particular.

²⁰ Aunque los economistas de la corriente dominante tendían a alinearse unánimemente contra los políticos “populistas”, existían diferencias entre ellos sobre el momento en el que debían haberse introducido los ajustes. Según Cavallo, sus sucesores no habían sabido aprovechar la oportunidad de fortalecer la paridad: la política del “piloto automático” no había prevenido los riesgos que se acumulaban por el desequilibrio de las cuentas públicas, del balance comercial y del de pagos. Para Fernández, en cambio, la gran oportunidad se había presentado a principios de la década con los cuantiosos recursos puestos a disposición de Cavallo.

Dos publicaciones periódicas pueden servirnos de fuentes documentales en la medida en que intentaron incentivar la controversia entre expertos de diversa filiación. Se trata de la revista *Temas para pensar desde el sur* (1998) - coordinada por Daniel Muchnik y dedicada a reflexionar sobre la convertibilidad - y de un número especial de la revista *Mercado* (1999) - destinada a evaluar “la década de Menem” en vísperas de una nueva elección presidencial. Una particularidad merece ser destacada: mientras que la intención de la primera era evaluar el “modelo económico” y de la segunda, juzgar una década del país, sólo los expertos, los empresarios y los periodistas estaban autorizados a tomar la palabra. Los políticos y los otros representantes de la sociedad civil quedaban igualmente excluidos.

Un primer interrogante remite a si la convertibilidad era o no considerada en ese momento como un problema para los expertos. ¿Se creía, en 1999, que la convertibilidad era un sistema sólido, que no necesitaba ajustes ni requería una eventual salida? Ciertamente, no. La paridad cambiaria era percibida, desde el principio y de manera generalizada por los economistas, como una política monetaria vulnerable a las fluctuaciones externas y las complicaciones registradas a partir de 1995 parecían confirmar estos pronósticos.

Podría decirse entonces que los análisis sobre la dolarización constituyeron una reflexión sobre una eventual salida de la convertibilidad en un contexto que se le había tornado hostil. Sea como fuere, el otro término del debate, la devaluación, estuvo ausente de las opciones que se discutieron públicamente. Sólo una alternativa aparece evocada: la dolarización total de la economía o una valorización de la moneda local por encima del dólar (Cavallo, López Murphy y Solanet en *Temas*, 1998: 19, 31 y 44). La palabra devaluación prácticamente no era mencionada ni en estos documentos ni en las jornadas “de economía monetaria e internacional” organizadas en la Universidad de La Plata (en 1999 y 2000).²¹ Y esta situación es particularmente significativa en la medida en que para muchos la devaluación no era sólo una posibilidad sino también una amenaza.

Hay que reconocer que algunos economistas sostuvieron estoicamente, a todo lo largo de la década, la necesidad imperiosa de abandonar la paridad por un tipo de cambio más competitivo. Los expertos y periodistas entrevistados señalaron los mismos nombres: Eduardo Conesa, Eduardo Curia, Roberto Frenkel y Héctor Valle. Se trata, en efecto, de los mismos

²¹ Merece, sin embargo, mencionarse la singularidad de las jornadas organizadas por la UBA en 1996 y 1998, que presentan un pluralismo inédito en los participantes y las perspectivas representadas. Aunque la paridad cambiaria y sus consecuencias fueron entonces tema de discusión y las contribuciones fueron publicadas por *Desarrollo Económico*, las jornadas no lograron repetirse más tarde y no existió, en consecuencia, un foro especializado y tan pluralista para analizar la crisis de la convertibilidad cuando ésta se hizo evidente.

que evocaron esta posibilidad (aunque con eufemismos) en el dossier de la revista *Temas*. Nada quita que una mirada panorámica revela la marginalidad de estas voces en el campo profesional y periodístico. Un análisis de los centros y las universidades más prósperas de la década da cuenta de la creciente marginalidad de los economistas críticos que se corresponde con un particular relevo generacional. La redistribución de recursos y prestigio fue tan significativa que mientras las nuevas instituciones atraían y premiaban a los jóvenes diplomados en el exterior e identificados con las corrientes dominantes, los centros y las casas de estudio más críticas no podían ni retener a sus graduados más brillantes. Los medios expresaron esta marginalidad y la mencionada revista puede servirnos de indicador: apenas 4 de las 18 intervenciones de *Temas* atacaban frontalmente a la convertibilidad.

Un elemento crucial no debe ser olvidado. Hacia 1998-1999, los defensores de la paridad no se contaban ya exclusivamente entre los “neoliberales”. Aún criticando sus implicaciones más regresivas, Jorge Schvarzer (asociado a la izquierda), Jorge Remes Lenicov (cercano a Eduardo Duhalde), Roberto Lavagna (de orientación industrialista), recomendaban, en *Temas*, sostener la paridad. ¿A qué se debía este nuevo “consenso” entre los heterodoxos? Según nos apuntaron muchos de ellos, a que ni los políticos, ni los periodistas, ni la sociedad querían escuchar la palabra “devaluación”. Ahora bien, si este hubiese sido el problema, nada impedía a los especialistas evocar esta opción en foros más reservados. Los testimonios recogidos coinciden, no obstante, en señalar que las discusiones en torno de un eventual abandono de la convertibilidad fueron mínimas y de carácter netamente privado. Los análisis periodísticos de la época identificaban el mismo silencio. Mientras el consultor Todesca (*Mercado*, 1998: 3) se refería a un “pacto de silencio entre los economistas”, Canitrot (*Temas*, 1999: 35), uno de los heterodoxos más prestigiosos, afirmaba que: “El dilema de fondo: ¿continuar con la convertibilidad o salirse de ella? Es el tema tabú que está en la cabeza de todos pero del cual no se habla”. En este contexto, quienes acompañaron a de la Rúa creyeron posible atenuar las falencias de la convertibilidad con medidas keynesianas que evitarían su abandono.

Pero si esta primera esperanza puede explicar el silencio o la marginalidad de las perspectivas más críticas, ¿qué ocurrió, cuando a principios del 2001, esta opción se reveló insuficiente? ¿Se elevaron entonces voces autorizadas contraponiendo a la dolarización una opción alternativa? Tampoco. Las dificultades del gobierno de la Alianza no hicieron más que reforzar, en el espacio público, la insistencia de los dolarizadores y la cautela de los críticos. ¿Obedecía esta falta de opciones a la impopularidad de todo intento devaluacionista? Es lo

que creen muchos observadores y protagonistas. Sin embargo, frente a las opciones barajadas en el período, este argumento no puede sino ser relativizado. Contrariamente a lo ocurrido a mediados de la década anterior, hacia principios de 2001, las proposiciones que buscaban preservar la convertibilidad no pueden caracterizarse como populares. Era efectivamente difícil convencer a la mayoría de los argentinos, ya golpeados por la crisis, de apoyar un nuevo ajuste en la educación y la salud pública, en las jubilaciones, en las ayudas sociales, en los fondos destinados a las provincias más pobres.

Concedamos que la marginalización de los economistas críticos, la popularidad del régimen cambiario y la reticencia de los actores sociales y políticos pueden contribuir a explicar la ausencia de una discusión sobre la salida de la convertibilidad. Merece, no obstante, subrayarse la autocensura que pesaba sobre los economistas que disentían con este régimen. Numerosos fueron los entrevistados que manifestaron haber eludido, sistemáticamente, toda declaración pública sobre la probabilidad e incluso sobre las ventajas de una devaluación de la moneda. Un economista dijo haberse “escapado” de un periodista que quería registrar este tipo de declaración. Otro, cercano a los sectores industriales, afirmó que “ciertas cosas no se podían decir, sobre todo la cuestión de la devaluación”.

Estas experiencias dan cuenta de una de las armas más fuertes con la que contaban quienes intentaban preservar la paridad. No casualmente, toda reflexión crítica era denostada como “temeraria” e “irresponsable”. En efecto, la convertibilidad ya no era, como en 1991, una mera propuesta, era una ley que fundaba todas las relaciones mercantiles en la Argentina. Cuestionar la paridad era asimilado a un acto subversivo que ponía en riesgo los fundamentos mismos del orden, que alentaba la “quiebra de todos los contratos”. Ya hacia fines de la década, un comentarista extranjero se había atrevido a calificar como “peligrosas” las conclusiones de la ponencia de dos argentinos que alertaban sobre las inconsistencias de la paridad cambiaria. Su argumento era que muchas personas podían inquietarse y actuar en consecuencia. Durante 2001, en una situación de alta volatilidad financiera, las declaraciones de especialistas y autoridades eran con frecuencia asimiladas a “señales” que calmaban o crispaban la espiral especulativa. Merece recordarse que hasta los humoristas parecían sometidos a esta censura de nuevo tipo: un economista del BID, llegó a declarar que las caricaturas de Nik habían contribuido a incrementar el riesgo país (*Clarín*, 1/6/01).

5. A modo de conclusión

Parcialmente presentado aquí, el análisis histórico de la prensa muestra un progresivo pasaje de las polémicas públicas a las controversias entre especialistas. Conducidas por portavoces diversos, sobre una diversidad de dimensiones de la vida social, accesibles para un interlocutor relativamente instruido, ciertas polémicas estructuraron el espacio público argentino entre 1930 y 1975. Luego de esta fecha, las controversias entre especialistas fueron invadiendo los medios y reemplazaron los análisis de otros portavoces más marcados política e ideológicamente.

La persistencia de la inflación y las teorías disponibles para controlarla explican parcialmente este pasaje. El incremento de los precios se fue recortando como un problema complejo en el que sólo los especialistas podían entenderse e imaginar soluciones frente a una sociedad que se había vuelto ingobernable. Fue también el monetarismo el que se renovó para pensar el tema de la inflación y fueron los economistas asociados con esta corriente quienes inauguraron, en la Argentina y en el mundo (Dezalay y Garth, 2002), una particular manera de relacionarse con los grandes empresarios y la prensa, que complementaba e incluso reemplazaba las controversias con sus pares keynesianos o estructuralistas. Si este proceso comienza a registrarse durante la dictadura, con el silenciamiento de las voces críticas, se consolida luego, en los ochenta, con las controversias entre heterodoxos y ortodoxos. Al fin, la capacidad estabilizadora de la convertibilidad no pareció sólo dar la razón a quienes idearon este dispositivo sino también a quienes confiaban en esta racionalidad “técnica” como instancia de resolución de los problemas colectivos. Durante años, los debates sobre la organización del país y la sustentabilidad de las opciones escogidas se circunscribieron a ciertos círculos selectos que presuponían o buscaban asegurar la continuidad de una paridad particularmente inflexible.

En este contexto, a la pobreza de las discusiones se correspondió una particular osadía en los dispositivos técnicos diseñados. En 2001, mientras la sociedad asistía casi paralizada a la crónica de la debacle, se proponían sucesivamente la canasta de monedas, el déficit cero, el corralito, los bonos provinciales. Le cabe entonces a los economistas argentinos la reflexión que Romero (1998: 9) formulara para los políticos latinoamericanos: si el estudio de las ideas políticas sólo mereciera atención al tratarse de un pensamiento doctrinario original, el caso argentino y el latinoamericano no presentarían mayor interés. Si estas ideas parecen interesantes es, en cambio, “como conciencia de una actitud y motor de una conducta”. En las últimas décadas, los economistas argentinos de las corrientes dominantes no parecen hab

renovado las teorías sobre la inflación, la moneda, los mercados financieros, se han destacado, eso sí, por el voluntarismo y la creatividad que han desplegado en reformatear la sociedad.

Es por ello que, en el análisis de la instauración y la crisis de la convertibilidad, el compromiso de los expertos en los medios conduce a reflexionar sobre la noción de espacio público. Hasta aquí hemos tomado una definición “espacial” del mismo: frente a la ausencia de foros especializados pluralistas, los medios masivos de comunicación se convirtieron en el *lugar* de las polémicas y las controversias sobre la economía nacional. Sin embargo, la participación masiva de economistas en los medios y su consolidación como figuras de la acción pública lleva a una cierta desnaturalización de este espacio en tanto instancia de “control público y de libre discusión que garantiza la legitimidad de las decisiones colectivas” (Cottureau y Queré, 2003: 364). Para Arendt (1988), la acción de los expertos presenta entonces una paradoja: en la medida en que los especialistas concentran las responsabilidades y prerrogativas asociadas a los políticos, los ideólogos o los polemistas en general, tienden a borrar la esfera pública, alentando el repliegue de los ciudadanos en la esfera privada.

Esta reflexión sobre las crisis financieras y la intervención de los expertos en los medios no es ajena a la discusión entre los economistas y al modo en que se posicionan en relación con las otras ciencias sociales. Para los ortodoxos, la economía debe desarrollar las mismas capacidades de generalización, manipulación y predicción que las ciencias naturales. Para identificar las fuerzas que determinan las regularidades económicas, esta perspectiva hace abstracción de todas las singularidades históricas y sociales. Presupone, en cambio, como universales, la búsqueda de maximización de utilidades y un punto de equilibrio al que abrevan “automáticamente” estas conductas. Los saberes de los economistas han de ser entonces útiles, capaces de orientar, como lo hacen el físico o el médico (dos metáforas recurrentes), las fuerzas “subyacentes” que determinan el orden social. Para los heterodoxos, la distancia entre la economía y las ciencias naturales no remite a un problema de madurez de la disciplina sino a la complejidad de los objetos que estudia. En la medida en que estas perspectivas acuerdan mayor importancia a la historia y a las regulaciones estatales, ninguna comprensión sustantiva de los fenómenos económicos parece posible si se desconocen estos aspectos de la realidad. La misión de estos grupos no ha de ser entonces la producción de informaciones útiles que sirvan para la toma de decisiones sino la elaboración de bienes públicos, capaces de alimentar la reflexividad ciudadana en un marco de pluralismo teórico e ideológico.

Estas diferencias no son ajenas al modo en que se organizan hoy los mercados internacionales. En efecto, la desnaturalización de lo público que ha acompañado el ascenso de los economistas de las corrientes dominantes no reposa únicamente en que la invocación de una autoridad científica que puede excluir a otros posibles participantes del debate. La instauración y en particular la crisis de la convertibilidad ilustran también lo que Knorr Cetina y Preda (2001) han dado en llamar un fenómeno de “epistemologización” de las transacciones económicas. Estos autores constatan que, en ciertos casos, los conocimientos no pueden ser considerados como exteriores a los acontecimientos. Las transacciones económicas están, ellas mismas, penetradas y transformadas por prácticas epistemológicas puesto que “reposan en procesos y sistemas de análisis con los que se relacionan estrechamente” (*idem*: 30). Si la confianza consiste, como subraya Simmel (1999: 355-356) en una hipótesis sobre la conducta futura, “sobre un estado intermedio entre el saber y el no saber”, la información y los diagnósticos de los economistas tenían en esas horas una importancia determinante.

Por eso, los mercados cambiarios y financieros y el rol de los economistas en su evolución aparecen como una oportunidad interesante para confrontar distintas perspectivas de análisis. Mientras que, para las visiones más convencionales, estos mercados reflejan valores existentes que garantizan la coordinación, para algunos heterodoxos, los mercados constituyen estructuras cognitivas que tienen por finalidad producir y seleccionar conjeturas sobre el porvenir y servir de referencia a las elecciones de inversión. Estas conjeturas merecen ser analizadas como representaciones que permiten construir y estabilizar el orden mercantil. Si los fenómenos de influencia y opinión juegan un rol esencial en la determinación de las corridas especulativas (Orléan, 2006), los economistas se erigen tanto en sujetos como en objeto del análisis y pueden así reabrirse las puertas para un nuevo diálogo entre disciplinas.

El escenario parece propicio en la medida en que el pánico financiero se ha aquietado, la sociedad es más reacia a la delegación tecnocrática y una porción más importante de la comunidad de los economistas puede cesar entonces en sus esfuerzos por transformar la realidad para desarrollar, en cambio, interpretaciones que permitan comprenderla.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, C. (2001): *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Buenos Aires, Ariel Historia.
- Arendt, H. (1988): *Condition de l'homme moderne*. París, Calmann-Lévy.
- Babbs, S. (2001): *Managing Mexico. Economists from nationalism to neoliberalism*. Princeton y Oxford, Princeton University Press.

- Blois, P. (2005): “Crisis de la convertibilidad e impugnaciones al modelo: las críticas a los economistas en la Argentina (1999-2003)”, Segundas Jornadas de Historia e Integración Cultural del Cono Sur, Concepción de Uruguay.
- Bockman, J. y Gil, E. (2002): “Eastern Europe as a laboratory for economic knowledge: the transnational roots of neoliberalism”, *American Journal of sociology*, n° 108.
- Callon, M. (1998): “Introduction: The embeddedness of economic markets in economics”, Callon, M. (ed.): *The laws of markets*. Oxford, Backwell.
- Camou, A. (1998): “Saber técnico y política en los orígenes del menemismo”, *Perfiles latinoamericanos*, vol. 7, n° 12.
- Camou, A. (2005): “¿Un toque de atención o una tribuna de doctrina? Expertos económicos y políticas económicas en la Argentina a través de la prensa especializada (1985-2001)”, Jornadas “Los actores del poder en la Argentina”, Universidad de San Andrés.
- Cavarozzi, M. (1988): “Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955”. In O’Donnell, G.; Schmitter, P. y Whitehead, L. (eds.): *Transiciones desde un gobierno autoritario*, vol. 2 *Latinoamérica*, Buenos Aires, Paidós.
- Centeno, M. (1994): *Democracy within reason. Technocratic Revolution in Mexico*. Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press.
- Chateauraynaud, F. et Torny, D. (1999): *Les Sombres précurseurs : Une Sociologie pragmatique de l’alerte et du risque*. París, EHESS.
- Chmatko, N. (2002): “Les économistes russes entre orthodoxie marxiste et radicalisme libéral”, *Genèses. Sciences sociales et histoire*, n° 47.
- Cottureau, A. y Queré, L. (2003): “Postface”. In Barril, C. et al. (comps.): *Le public en action. Usages et limites de la notion d’espace public en sciences sociales*. París, L’Harmattan.
- Dezalay, Y. y Garth, B. (2002) : *La mondialisation des guerres de palais*. París, Seuil.
- Fernández López, M. (2001): “El pensamiento económico”. In *Nueva historia de los Argentinos*, Buenos Aires, Planeta, Tomo VIII.
- Fourcade-Gourinchas, M. (2001): “Politics, institutional structures, and the rise of economics: A comparative study”, *Theory and society*, n° 30.
- Heredia, M. (2007): *Les métamorphoses de la représentation. Les économistes et le politique en Argentine (1975-2001)*. Tesis de doctorado de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París
- Knorr Cetina, K. y Preda, A. (2001): “The epistemization of economic transactions”, *Current sociology*, vol. 49, n° 4.
- Lefort, C. (1986) : *Essais sur le politique : XIX^e-XX^e siècles*. París, Seuil.

- Loureiro, M. R. (1997) : *Os economistas no governo. Gestão econômica e democracia*. Rio de Janeiro, Fundação Getulio Vargas.
- Montecinos, V. (1988): *Economics and power: Chilean Economists in government, 1958-1985*. UMI Dissertation Services, University of Pittsburg.
- Neiburg, F. y Plotkin, M. (2004): “Internationalisation et développement. Les ‘Di Tella’ et la nouvelle économie en Argentine”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 151-152.
- Neiburg, F. (2006): “Inflation. Economists and economic cultures in Brazil and Argentine”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 3, n°48.
- Orléan, A. (2006): “Knowledge in Finance: Objective Value versus Convention”, Working Paper in <http://www.pse.ens.fr/orlean/aopubli.html>, consultado en 1/09/07.
- Plotkin, M. (2005): *Intellectual Elites and State Elites: The Economists in Argentina, 1913-1935*. Buenos Aires, mimeo.
- Rabotnikof, N. (1997): *El espacio público y la democracia moderna*. México, IEF.
- Ramírez, H. (2005): *Os institutos de estudos econômicos de organizações empresariais e sua relação com o Estado em perspectiva comparada. Argentina e Brasil, 1961-1996*. Tesis de doctorado de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre.
- Romero, J. L. (1998): *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Rouquié, A. (1975): *Radicales y desarrollistas en la Argentina*. Buenos Aires, Schapire.
- Sapir, J. (2002): *Les économistes contre la démocratie. Pouvoir, mondialisation et démocratie*. París, Albin Michel.
- Sikkink, K. (1991): *Ideas and institutions. Developmentalism in Brazil and Argentina*. Ithaca/Londres, Cornell University Press.
- Simmel, G. (1999): *Sociologie : étude sur les formes de socialisation*. París, PUF.
- Suárez, F. (1973): *Los economistas argentinos, el proceso de institucionalización de nuevas profesiones*. Buenos Aires, EUDEBA.
- Thompson, A. (1994): “‘Think tanks’ en la Argentina. Conocimiento, instituciones y política”, *Documento del CEDES*.
- Valdés, J. G. (1989): *La escuela de Chicago: operación Chile*. Buenos Aires, Editorial Zeta.